



AIF/PM

Año Internacional Familia

CUENTOS para hacer FAMILIA (5)

¡CUENTA, ABUELA; ABUELA, CUENTA!

— Leticia Dotras —

Hoy vuelve con nosotros la sobrina de tía Marta. La sobrina de tía Marta no tiene nombre. El anonimato de un personaje favorece la capacidad de proyección e identificación. Le puedes poner tu propio nombre o el de alguno de tus hijos, de esta manera aumenta el interés y la atención por el mecanismo de identificación. La sobrina de tía Marta pudimos haber sido cualquiera de nosotros cuando fuimos niños, o puede ser cualquiera de nuestros hijos en sus reflexiones. El no tener un nombre concreto y estar escrito en primera persona te hace sentir protagonista de la historia. La sobrina de tía Marta hoy se da cuenta de cómo el tiempo vuela o se eterniza, de cómo en ciertas ocasiones, es nuestro enemigo o nuestro aliado. Pero, fijaros bien cuando sienta que el tiempo es su aliado y aprendamos de sus reflexiones: ¡Qué feliz se siente cuando está con su abuelo! ¡Cuántos de nosotros hemos sido afortunados por haber tenido un abuelo o una abuela que nos han contado cuentos! ¡Cuántos niños lo son todavía!

Los abuelos han sido siempre grandes narradores de cuentos y de historias familiares. Al lado de tu cama, cuando tienes fiebre, por la noche antes de dormir, o siempre que vas a visitarlos a su casa. Sin prisas, a pesar de que el tiempo que pasas a su lado vuela. El cuento es un viaje y una posibilidad de aventura.

Yo tuve una abuela que me contaba muchas historias, quizás, ahora, con el tiempo, me doy cuenta de que sus historias se repetían, pero ¡que magia tenían! Tan especial que yo, cada vez, las soñaba como una historia diferente.

Una tez siempre muy blanca,
andares de mar en calma,
nevada luna en su pelo.
Sus manos como algodones
de acariciar corazones,
cuando la tarde soñaba.
Y en su regazo un pequeño,

sus mejillas sonrosadas,
el sol llovió en sus cabellos.
Sus manos se impacientaban:
¡Cuenta abuela, abuela cuenta!
Y la abuela comenzaba:
— "Erase una vez un niño..."
Y ese niño ya soñaba...

El tiempo de tía Marta

Hoy, como todos los días, ha venido tía Marta. —¡Hola, mi reina! — me dice— y se va corriendo por el pasillo a buscar a Pepe. —¿Dónde está mi...? ¡Pero Dios mío, pero que grandote...! El tiempo pasa... ¡Buuuuu! Y mientras hace este ruido con la boca, coge a Pepe y lo levanta por los aires como si Pepe fuera un avión. Y yo le digo : — Tía Marta no entiendo que tu tiempo pase volando, el mío... Y yo no me deja seguir hablando, me coge, me estruja y me dice: —¡Claro que pasa!...¡Buuuuuu...! Y pienso yo: "El mío nunca puede pasar volando si me apretuja tanto cuando hace Buuuu... Así no hay manera de dejarlo volar".



El otro día en clase de matemáticas Don Pascual me riñó: —Niña has estado perdiendo el tiempo. —¡Oh no! —le dije yo— no he parado de pensar en él. ¿El suyo cómo es? Yo estoy dudando en ponerle gafas, aunque lo que sí he decidido es que llevará un gran bigote como el de mi padre. Y de repente Don Pascual se puso rojo y se hinchó como un globo, tanto que creí que iba a estallar. Yo no entendía nada de lo que me decía. Yo siempre creí que Don Pascual tenía la misma preocupación que yo por el tiempo. Siempre está: —Tenéis 10 minu-

tos para este problema. No perdáis ni un minuto, porque un minuto de aquí y otro de allá es tiempo.

Pues no, no piensa como yo del tiempo, porque me dijo que me dejara de tonterías y que estaba todo el día con la cabeza en otro sitio pensando en lo que no debía.

A mí la que me gusta es la señorita Magda. – Que cada uno se tome su tiempo –nos dice– tranquilos, ya sabemos que unos necesitan más tiempo que otros según para que cosas. Entonces me doy cuenta que por eso el tiempo de tía Marta pasa ¡Buuuu...! y en cambio el mío anda despacio, y pienso ¿cómo será mi tiempo? ¿por qué anda tan despacio? Me gusta dibujarlo y decirle: Tú eres mi tiempo, de vez en cuando deberías de espabilarte un poco, ¿no?

A veces voy al supermercado con mamá, también llevamos a Pepe en su sillita. Da gusto oírlo hablar. Ahora ya me entero de lo que quiere decir. –“Po pa no tá”–dice Pepe señalando con su dedito. –¡Ay señora! –nos dice la frutera– que mal habla el niño ¿qué tiempo tiene?. –No lo sabemos, –le contesto yo muy deprisa– el de tía Marta es rápido y hace un ruido de avión, así: ¡Buuuu...! Pero mi hermano aún no nos ha dicho como es el suyo... como no sabe dibujar...

–Tiene 14 meses –dice mamá– que no sé por qué empieza a ponerse nerviosa. ¡Si no le están preguntando su edad!

–Pero mamá ¡si ya tiene un año! –le digo yo–. Mamá a veces es muy complicada y se empeña en seguir diciendo que Pepe tiene meses para que parezca más pequeño, y claro, así, sí que pasa el tiempo despacio: los minutos se convierten en horas, las horas en días, los días en meses, los meses en años...

–Y ¿por qué dice que habla mal? –le digo yo a la frutera– Dice que “el coche de papá no está”. Así de claro y así de fácil. ¿Es que usted nunca ha sido pequeña? Y me quedo callada mirando a la frutera, que no consigo imaginármela sentada en la sillita de Pepe y con un chupete en la boca. Decididamente nunca ha sido pequeña –pienso–. Entonces mamá me dice que me esté CA-LLA-DI-TA, y lo dice así, con un sonquete especial, y como mordiéndome cada sílaba (ya sé lo que son las sílabas, me lo enseñó la señorita Magda. Ahora se lo tengo que enseñar a Pepe para que hable con todas las sílabas de cada palabra)

–Pero, mamá –le digo yo– papá siempre dice que lo que se aprende de pequeño, nunca se olvida. Esta señora no ha sido pequeña; si no, comprendería el idioma de Pepe. Entonces mamá se puso furiosa conmigo y me dijo que yo nunca entendía nada de lo que se me explicaba, y que me pasaba el día en las nubes, soñando e imaginándome cosas extrañas y llenas de fantasía. Yo no le quise contestar, porque sabía que se iba a poner mucho más furiosa, pero... ¡si supiera lo bien que se está en las nubes! La señorita Magda nos dice que es bueno soñar e imaginar cosas, que así también se aprende y que muchos inventos fueron hechos gracias a la imaginación de las personas.

Me gusta la señorita Magda. Es guapa y suave. Su voz parece terciopelo. El otro día nos dijo: – Me vais a hacer una redacción sobre alguno de vuestros abuelos. Pues menudo lío –pensé yo– yo no tengo abuelos y no conocí a ninguno. Pero de repente me acordé de mamá cuando dice: –Qué manía tiene esta niña, siempre le gusta estar con personas mayores. Y papá le contesta: –Déjala, ¿no ves que se entiende muy bien con ellos? Además todos los niños deberían tener un abuelo. Para ella, Francisco es como un abuelo.

Entonces la señorita Magda dijo cuando acabamos: –Tú, nos vas a leer a todos en voz alta lo que has escrito. Y a mí se me puso algo en la garganta, algo así como un pájaro que quisiera escapar, y empecé:

“Mi abuelo Francisco vive en un pueblecito de pescadores. Mi abuelo Francisco es pescador. Yo lo visito todos los veranos.

Mamá me peina todas las mañanas con trenzas porque dice que así estoy más fresquita.

–Nada, que no hay manera de que este dichoso mechón se quede en su sitio. – dice mamá mientras me peina– Es un mechón de pelo un poco rebelde que siempre que me cae delante de los ojos. A mí me gusta, es mi cómplice. ¿Por qué siempre todo tiene que estar en el sitio donde dicen los mayores?

Cuando estoy lista me voy al muelle a ver a mi abuelo Francisco. Ando por el muelle hasta la punta del espigón. Me gusta el olor del mar mezclado con el olor a brea, con las nubes de humo que forman las chimeneas de los barcos que vuelven llenos de peces plateados, con las voces de los pescadores y con los gritos de las gaviotas. Por el suelo hay charcos que parecen pequeños mares que cambian de color continuamente: violetas, azules amarillos, rojos.

– Hola Princesa– (mi abuelo me llama Princesa, dice que cuando sea mayor seré Reina de los mares). Y sólo oír esa voz, parece que todo se hace silencio a mi alrededor. Y su mano grande, muy grande coge la mía que, como por arte de magia, se hace más pequeña. Y yo acaricio unos ríos profundos que tienen sus dedos. –Son las caricias del viento –me dice – Un día le dije a mi padre : –Padre quiero ser viento– y fui viento. Y el viento me enseñó sus voces, y aprendí a hinchar las velas de los barcos, a mecer los trigos de los campos, oír las risas de la brisa entre los árboles y navegué sobre las nubes por el cielo. El viento acarició mi cara con sus dedos, y desde entonces, tengo surcos en mi cara y en mis manos.

–¿Y qué más fuiste abuelo? –le digo yo.

–Pues un día le dije a mi padre: Padre hoy seré mar. Y fui mar. Y fui el llanto de sus aguas, y el rugido furioso contra las rocas, también aprendí a conocer su murmullo amoroso. El mar acarició mi cara y mis manos y, desde entonces, tengo el pelo como la espuma de las olas, tengo los ojos del color del mar cuando duerme, y soy cojo como su balanceo.

–¿Te has fijado abuelo que hoy el mar está de color verde?

–Pues claro, Princesa, al mar le gusta cambiar su vestido. Es verde y oro bajo el sol, azul plata bajo la luna, y negro y brillante en las noches oscuras.

–¿Has visto, abuelo? –le digo yo mientras me asomo y veo como tiembla mi reflejo sobre el agua.

–Claro, Princesa, es que tú eres valiente, tú no tiemblas, –dice mi abuelo riendo– tiembla tu reflejo porque le asustan los gritos afilados de las gaviotas.

–Abuelo, cuéntame más cosas ¿alguna vez fuiste sol? ¿y a la luna? ¿has subido a la luna cuando parece una barquita?

–Mañana vuelves y hablamos del día que le dije a mi padre: hoy voy a ser sol. Ahora se ha hecho tarde, ya es tiempo de que vuelvas a casa.

Entonces yo miro al cielo y veo volar una gaviota, y no sé por qué me acuerdo del tiempo de tía Marta que hace: ¡Buuuu...! como el vuelo de un avión. Entonces pienso que ya sé cómo dibujar mi tiempo cuando esté con el abuelo Francisco. Mi tiempo también sabe volar como las gaviotas.”